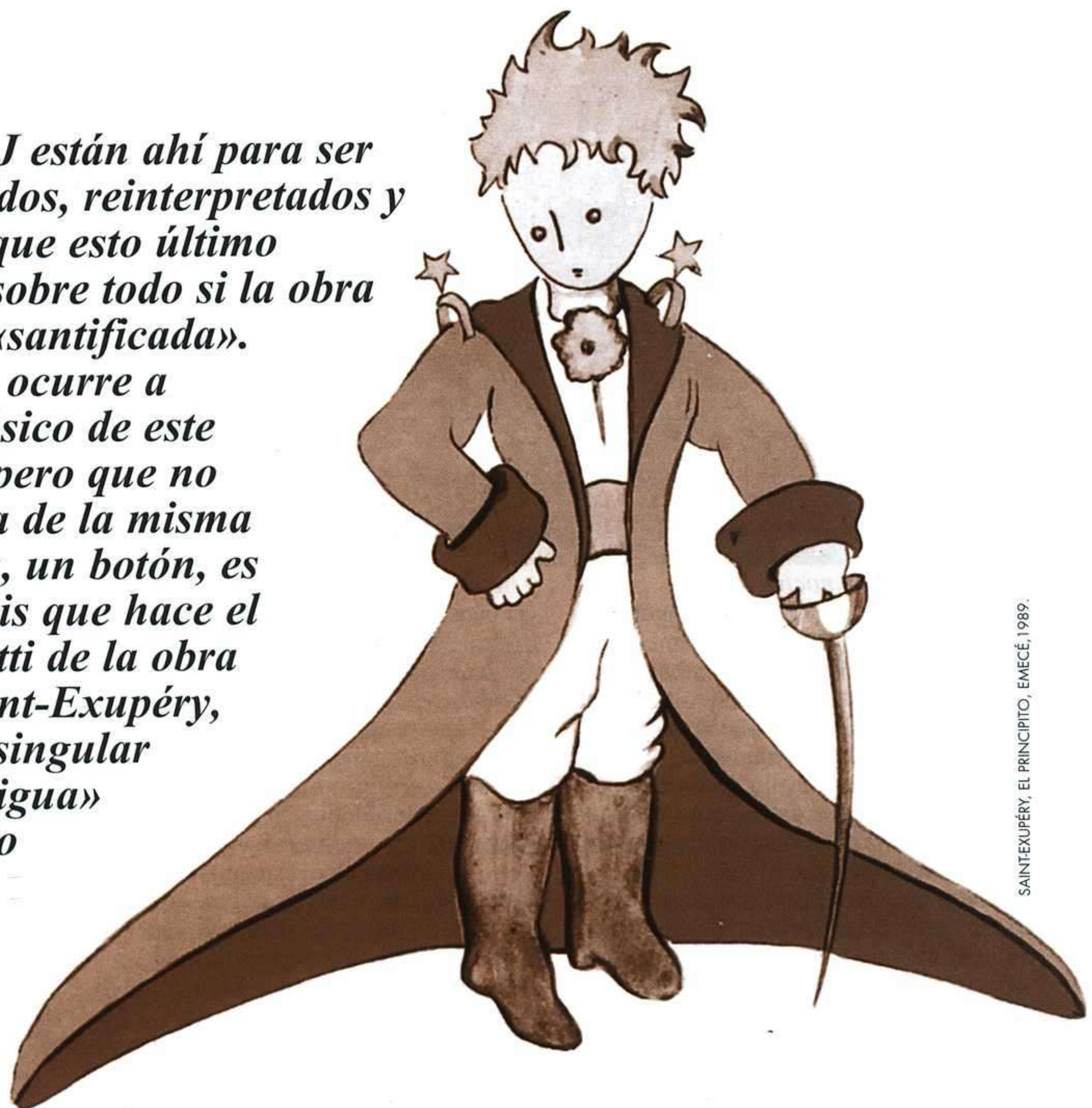


COLABORACIONES

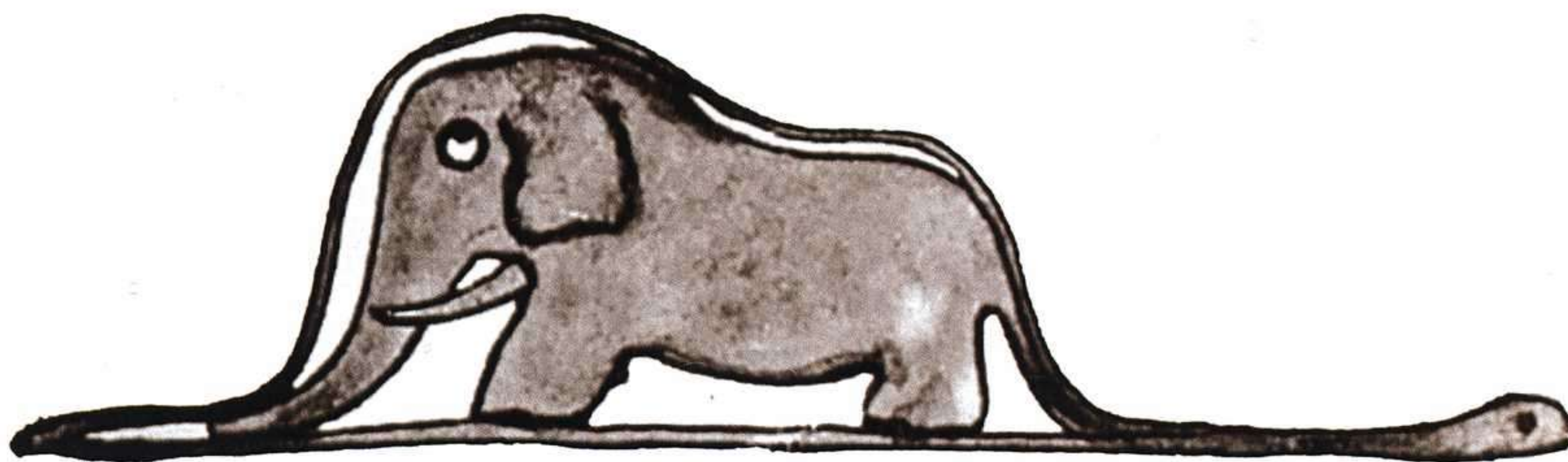
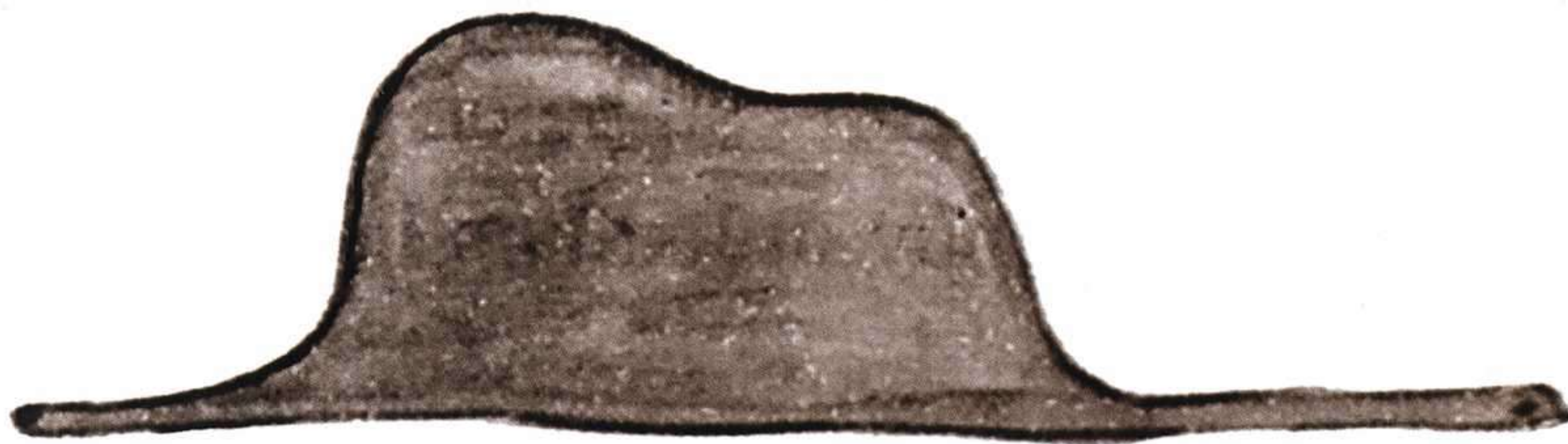
El Principito que no quería crecer

por **Carlo Frabetti***

Los clásicos de la LIJ están ahí para ser constantemente releídos, reinterpretados y reconsiderados, aunque esto último sucede pocas veces, sobre todo si la obra en cuestión ha sido «santificada». Es un poco lo que le ocurre a El Principito, un clásico de este siglo casi intocable, pero que no todo el mundo valora de la misma forma. Para muestra, un botón, es decir, el breve análisis que hace el escritor Carlo Frabetti de la obra más conocida de Saint-Exupéry, a la que considera «singular y extrañamente ambigua» y que, por lo visto, no recomendaría a los niños.



SAINT-EXUPÉRY, EL PRINCIPIITO, EMECÉ, 1989.



SAINT-EXUPÉRY, EL PRINCIPIITO, EMECÉ, 1989.

«No hay nada tan estúpido como un príncipe.»

Stendhal

adulto, su solapado masoquismo anderseniano.

Del cuento tradicional al cuento burgués

Como es bien sabido, Hans Christian Andersen (1805-1875) llevó a cabo una importante labor de recopilación y adaptación de los cuentos populares, y además inventó sus propios cuentos para niños, más o menos inspirados en temas tradicionales, por lo que su obra, de extraordinaria influencia, puede considerarse un punto de transición entre el cuento maravilloso tradicional y el cuento infantil de creación reciente. Pero Andersen exacerbó hasta extremos casi patológicos la tendencia moralizante y conformista que suele viciar las adaptaciones de los cuentos tradicionales destinadas a los niños, consumando la manipulación ideológica iniciada por los Perrault y los Grimm. No hay que dejar-

se engañar por la princesa del guisante, el emperador desnudo y otros rasgos de humor que ocasionalmente aparecen en los cuentos de Andersen, ni por su jovial encarnación cinematográfica a cargo de Danny Kaye: el escritor danés fue un caso flagrante de masoquismo religioso, y transmitió su enfermizo sentido de la resignación cristiana y su profundo rechazo de lo terrenal y lo vital a sus lacrimógenos relatos, que nos invitan a pasar directamente del presunto paraíso de la infancia al ilusorio paraíso del más allá, con total desprecio de la vida adulta y responsable que hay en medio y que es la única que realmente vale la pena vivir.

Podría decirse que con Andersen culmina y se consolida el tránsito del cuento tradicional (adulterado por sus recopiladores «cultos») al cuento burgués conformista y represivo. Y digo que se consolida porque el masoquismo anderseniano ha tenido y sigue teniendo muchos seguidores.

Y el más notorio exponente actual de

El comienzo de *El Principito* no podría ser más prometedor: ese dibujo que parece un sombrero y resulta ser una boa que se ha tragado un elefante propone un juego gráfico y conceptual digno de Lewis Carroll. Y no es el único alarde de humor e imaginación de este libro singular y extrañamente ambiguo, que se hace recordar por algunos hallazgos felices, potenciados por la indudable habilidad literaria del autor, y logra que muchos olviden —o ni siquiera perciban— su morbosa mitificación (y mixtificación) de la infancia, su neurótico rechazo del mundo

esa tendencia es precisamente *El Principito*, un libro que los niños suelen detestar y que, sin embargo, muchos adultos les endosan fascinados por su sensible seudopoética y su delirante mitificación de la infancia. (Nunca mejor dicho lo de delirante, pues en descargo del autor conviene recordar que concibió su engendro en una situación desesperada y con el cerebro recalentado por el sol del desierto.)

El anticuento

El Principito, al igual que muchos relatos de Andersen, es un anticuento, en el sentido de que, en vez de incitar al ni-

ño a superar esa etapa de inevitable indefensión e incompletitud que es la infancia, a aventurarse en el mundo adulto —a crecer, en una palabra—, lo que hace es inducir al inmovilismo o a la regresión, con su visión nostálgica y mitificadora de una infancia supuestamente ideal, pura e incontaminada, un segundo paraíso perdido (al que, simbólicamente, el Principito regresa con ayuda de una serpiente).

Y hablando de serpientes, volvamos

al sombrero-boa: tras seducir al lector con su deslumbrante comienzo, el autor, sin más preámbulos, lanza su panfleto infantiloides: «Las personas mayores nunca entienden nada por sí solas, y es fatigoso, para los niños, tener que explicárselo siempre todo». Y más adelante: «A las personas mayores les gustan las cifras... Pero, por supuesto, los que comprendemos la vida nos reímos de los números». Los comentarios de este tipo vertebran toda la narración; algunos, tomados aisladamente, pueden parecer irónicos, pero el relato completo, a pesar de su ambigüedad, resulta inequívoco, al menos en este sentido.

No es casual, por cierto, el reiterado ataque (típicamente pueril) a los números, los cálculos y las mediciones, puesto que el pensamiento cuantitativo supone la madurez de la razón, y no sólo a nivel individual, sino en la evolución misma de la humanidad. La ciencia moderna empieza cuando Galileo proclama que el libro del universo está escrito en el lenguaje de los números y lanza su consigna fundacional: «Hay que medir todo lo que es medible y hacer medible lo que no lo es». Saint-Exupéry, aviador apasionado, parece olvidarse, en su delirio regresivo, de que si puede volar es gracias a los números y las mediciones precisas.

El pequeño Príncipe vive en un diminuto asteroide, clara metáfora del restringido y egocéntrico universo infantil. Llega a la Tierra en busca de amigos, y encuentra al menos uno: el propio narrador (dos, si contamos al zorro); pero regresa a su isla celeste, a cuidar de su engreída rosa, para lo cual se suicida —literal y simbólicamente— haciéndose picar por una serpiente. Da la espalda al mundo de los otros, que acaba de descubrir, y vuelve a su involutiva torre de marfil, a su relación masoquista con su tiránica flor, a su neurótico rechazo de lo adulto...

Aunque hay que reconocer que a menudo los adultos son tan obtusos como pretende *El Principito*: por ejemplo, cuando se empeñan en hacérselo leer a los niños. ■

*Carlo Frabetti es escritor y matemático.



SAINT-EXUPÉRY, EL PRÍNCIPITO, 1989.